



Condenada á muerte.

CAPITULO IV

Los primeros días en la Tierra de los elefantes marinos

VIAJÁBAMOS con buena mar y soplabla ventolina del oeste. El tiempo había cambiado tanto, que de la tempestad pasó á la quietud, pero á menudo nos favorecía el aire y con las velas del «Antártico» desplegadas, aprovechábamos todos los momentos para encaminarnos lo más rápidamente posible hacia el lejano este.

El 21 de abril nos encontrábamos, según todos los cálculos, en las cercanías de la Georgia del Sur, pero densa niebla nos impedía ver en dirección hacia donde buscábamos la tierra.

Cuando á las siete de la mañana del siguiente día subí sobre cubierta, estaba sereno el horizonte; en nuestro derredor, espumosas y gruesas olas azules bajo la luz de

la mañana chocaban contra el buque. La brisa era sumamente fría y daba á aquella serena mañana un aspecto invernal. Iluminado por el sol saliente apareció hacia el sur sobre el obscuro mar un magnífico paisaje alpino: grandes montañas escarpadas con sus cimas cubiertas de nieve, extensos valles, desnudas torrenteras por donde se despeñaban anchas corrientes, que los deshielos producían, se lanzaban al mar.

Más allá, hacia el oeste, veíanse algunas cumbres de montañas lejanas que marcaban el límite del horizonte. Podían ser otras islas ó formar parte más remota de la tierra más baja que era entonces invisible para nosotros encontrándose debajo del horizonte, á estribor, pero en dirección sur, se elevaba ante nosotros una imponente muralla de montañas con tres inmensos ventisqueros que salían hacia el mar. Abriase á popa, distinguiéndose perfectamente, una ensenada, hacia la cual hicimos rumbo para reconocer el territorio, mientras á babor, hacia el sudeste, observamos una gran vía en cuyo fondo aparecía un ancho ventisquero.

Llegamos poco á poco tan cerca, que la tierra baja se hizo visible. La costa algo montuosa, se presentaba en casi toda su extensión escavada por las olas del mar. Las suaves pendientes del terreno inmediato á la playa, la parte baja de los declives, las ondulantes lomas, veíanse cubiertas de plantas gigantescas, particularmente de las que en las regiones sudantárticas se conocen con el nombre de *poas*.

La ensenada que se abría ante nosotros prolongábase hacia el interior, donde se veía un extenso valle, llano y sin nieve, rodeado por montañas escarpadas de nevadas cumbres. En la parte nordeste de la bahía aparecían va-

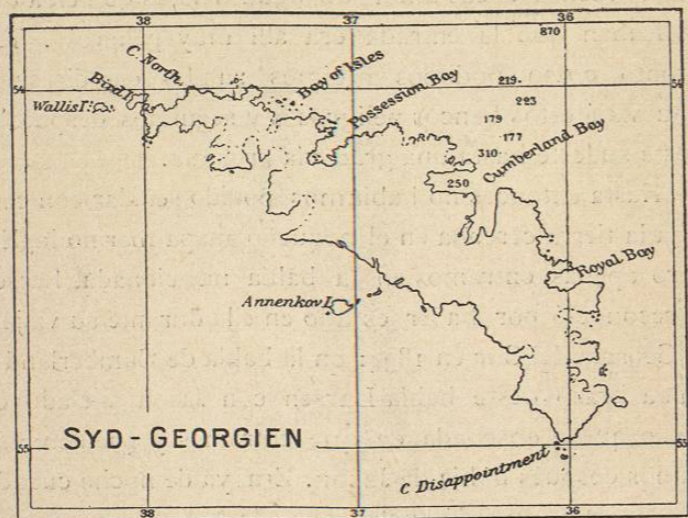
rias islas cubiertas de verde *poa*. El paisaje era por demás caprichoso y atractivo. Pero cuando llegamos cerca de la embocadura de la bahía cambió pronto el color del agua: tomó de repente un color blanco amarillento que pareció sospechoso al capitán. La sonda dió cinco brazas, y en dirección á proa entre las puntas de la desembocadura pudimos distinguir con el anteojo de larga vista muchas rocas á flor de agua y fajas de ceiba que indicaban que la entrada era allí muy peligrosa. Tan pronto como pudimos hicimos rumbo en dirección opuesta á estos bancos peligrosos y seguimos después la costa sudeste hasta una gran vía próxima.

Hasta entonces no habíamos podido señalar con certeza la tierra cercana en el pequeño mapa marino inglés, pero apenas entramos en la bahía mencionada, Larsen la reconoció por haber estado en ella durante su viaje á la Georgia del Sur en 1894: en la bahía de Cumberland y en su brazo oeste había Larsen con Jason anclado en una pequeña ensenada en que entramos y que denominamos después bahía de Jason. Era ya de noche cuando el «Antártico» quedó anclado en ella.

Apacible y hermosa fué nuestra primera noche en la Georgia del Sur: estuve largo rato sobre cubierta escuchando el sordo y persistente ruido de la marea, cuyas aguas, aquella noche sin viento, rechazadas por las rocas que rodeaban la bahía, volvían hacia nosotros subiendo y bajando con iguales intervalos de tiempo y tanto más misteriosas cuanto que la parte costera de donde llegaban se encontraba hundida en la más profunda obscuridad. Sobre la bahía brillaba la luna, pero el «Antártico» encontrábase hundido en la sombra de la montaña. Aquella singular iluminación de la noche hacía desaparecer la

distancia y la inmensa mole parecía levantarse inmediatamente sobre nosotros como si brotase de la superficie del mar, resplandeciendo sólo los declives de nieve débilmente iluminados alrededor de las cumbres más altas, cuyas siluetas se destacaban vivamente en el espacio.

Cuando la mañana siguiente subí sobre cubierta y vi el país alpino que se extendía á lo lejos, iluminado por el



espléndido sol de la mañana, sentí la fuerte y singular impresión de encontrarme ante una naturaleza completamente extraña para mí hasta aquel momento.

Cuando el día anterior contemplaba de lejos la costa de la Georgia del Sur con sus cumbres de nieve y grandes ventisqueros, recordé ciertas regiones de la costa de Spitzberg. Pero cuando de cerca pude admirar el paisaje de la Georgia del Sur, me convencí en seguida de que la semejanza sólo existe en cuanto á las líneas generales.

La Georgia Meridional situada á los 54° de latitud sur,



Mujer *Ona* llevando la tienda de familia.

tiene ventisqueros y corrientes de agua tan impetuosas como las de Spitzberg á los 80° de latitud norte.

En la Georgia, aquel día (23 de abril), equivalía á fines de octubre en los países del norte, es decir, era la misma época del año en la cual, Spitzberg, se encontraba hundido en las obscuridades y fríos del invierno ártico. Aquí, por el contrario, formando raro contraste con las abruptas montañas cubiertas de nieve, veíamos grandes extensiones magníficamente cubiertas de verde poa. Centenares de arroyuelos bajaban al llano entre las brechas de las montañas, y como vimos al desembarcar, poblaban las praderas un sin fin de escarabajos y pequeñas arañas negruzcas que salían á la caliente luz del sol de debajo de las piedras; en lagunas y charcas de agua dulce, que fueron examinadas por los zoólogos, hormigueaban pequeños cangrejos y dícticos. Ninguna especie vegetal de las que poblaban la isla estaba en el período de la floración, pero por lo demás, presentaba la Naturaleza, durante aquel día tranquilo y cálido, un aspecto primaveral.

En las pequeñas islas de la costa de Falkland había visto ya grandes extensiones cubiertas de poa, pero en estas regiones vi por primera vez esa singular hierba en su completo y magnífico desarrollo: no brotaba solamente en las pequeñas islas y en las costas de la tierra baja, sino también en los empinados declives de las montañas hasta una elevación de doscientos metros, cubriendo inmensas superficies que á la luz del sol formaba hermosas ondulaciones agitada por el viento.

El primer día estuvimos entretenidos en pasear alrededor de la bahía, y cuando nos reunimos otra vez á bordo por la noche, estábamos todos muy satisfechos

con el resultado de nuestro primer día de trabajo en la Georgia del Sur; aunque ya había oscurecido, bajamos otra vez algunos á tierra. Sobre la poa y á algunas brazas de la orilla, hacia el interior del lugar donde se hallaba anclado el «Antártico», habíamos visto durante el día un par de elefantes marinos que descansaban tranquilamente entre las aplastadas matas de hierba. Queríamos matar al menos uno, para estudiar tanto su esqueleto como su piel, para lo cual procuramos que se acercasen hasta la orilla.

Mientras algunos de nosotros se apostaban en la playa, nos dirigimos los demás con los bolsillos llenos de piedras grandes como el puño, hacia la poa, para espantar á los animales que deseábamos dar caza. Parecían por su aspecto grandes sacos tendidos en el suelo ó bloques de piedra oscura, y solamente su fuerte ronquido descubría que fuesen seres vivientes. Empezamos á tirarles piedras, y sólo se volvió uno de ellos perezosamente en el primer momento, pero cuando las piedras empezaron á menudear sobre su cabeza, mostró visiblemente su coraje. Con la cabeza levantada y la boca muy abierta, ensanchó como una jeta la nariz, que hacía recordar algo la trompa del elefante, y lanzando un gruñido á manera de sordo trompetazo, se dirigió arrastrándose pesadamente un par de metros contra su agresor más cercano. Pero se nos acabaron las piedras, y mientras bajamos á la orilla en busca de más, se acostó otra vez.

Pudimos, por último, hacerle levantar. Con pesados movimientos se arrastró sobre la poa, bajando por el declive hacia la orilla. Disparamos seguidamente en cuanto estuvo á tiro, pero aunque fué herido, se metió el animal en el agua y logró escapar.

Los cazadores se dirigieron entonces contra el otro elefante. Entonces se desarrolló un espectáculo salvaje y singular en la oscura noche: el animal resoplaba furiosamente, los cazadores gritaban mostrando la presa, los disparos se sucedían, y por último, el gruñido ronco del elefante moribundo puso fin á la nocturna cacería. La dificultad de apuntar en la oscuridad y nuestro desconocimiento absoluto de la región vulnerable para darle muerte, hicieron que la agonía del pobre animal se prolongase lastimosamente.

Algunos semanas después, cuando nuestros cazadores se acostumbraron á esta clase de caza, lograban con relativa seguridad matar al animal de un solo disparo.

El día siguiente el tiempo caprichoso de la Georgia presentó un aspecto completamente distinto. Cayeron grandes nevadas y durante el día quedaron cubiertos de nieve hasta los más remotos parajes.

Por la noche nos reunimos todos en el salón para celebrar, con una sencilla fiesta, una fecha muy señalada para la expedición polar sueca. Aquel día—el 24 de abril—en el año 1880, regresó Vega á Stockolmo de su viaje alrededor de Asia y de Europa: notabilísima empresa realizada en pró de las investigaciones científicas, que se celebra anualmente por la Sociedad Geográfica de Suecia con una interesante velada.

Aquel año tuvo dicha reunión en Stockolmo un carácter más solemne, á causa de haberse dedicado á la memoria del director del viaje, fallecido recientemente. Fué Vega el principal fundador de la exploración polar sueca de A. E. Nordenskjöld.

Nosotros, que nos encontrábamos en una costa cercana al Mar Glacial del Sur, trabajando según las buenas

tradiciones que fueron por él iniciadas, quisimos, dentro de nuestra modesta esfera, celebrar la memoria del sabio explorador. No faltó en la fiesta un sentido recuerdo dedicado á Nordenskjöld y á la expedición polar sueca; se brindó por nuestros compañeros de Snow-Hill, y entretenidos en agradable conversación estuvimos reunidos hasta bastante tarde.

Teníamos perfectamente estudiado el plan para nues-



Vista transversal de la bahía Real desde la estación alemana.

tros trabajos en la Georgia del Sur, y nos esperaba en la bahía de Cumberland, á juzgar por el reconocimiento preparatorio de aquellos dos días, un campo de investigaciones singularmente notable.

En el cabo que sobresale entre los dos brazos principales de la ensenada, habíamos de desembarcar algunos de nosotros para efectuar trabajos geográficos, cartográficos, geológicos y biológicos, durante una semana, mientras el «Antártico» marcharía siguiendo la costa para hacer sondeos zoológicos.

Pero antes de realizar este programa, debíamos hacer una pequeña expedición al sudeste de la bahía de Cum-